

que con intuición maravillosa adivinó cómo había que vencer al gran soldado conservador.

“Y es que todo lo tenía Ortega: el ardimiento de los héroes, la clarividencia de los genios, la atracción de los conductores de hombres, la hidalguía de los paladines y la tenacidad de los férreos zacatecos que detuvieron el paso de los conquistadores por tantos años...”

Magnífica semblanza con briznas de biografía del héroe abatido, pero no humillado, en el sitio de Puebla.

El amplio escenario en el que se desarrolla el sitio de Puebla: 36 mil franceses, acompañados de acomplexados mexicanos que han renegado de su patria, rodean la ciudad metidos hasta el pescuezo en las fosas que han abierto en varias líneas mantienen con cañones y fusiles el fuego sobre la ciudad... Adentro, 20 mil soldados mexicanos defienden la plaza, haciendo uso de cañones anticuados y de fusiles no muy buenos; carecen de alimentos suficientes, de agua, municiones y servicios sanitarios. Pero ni así han sido capaces los invasores de tomar la ciudad. Han pasado dos meses y sienten la acción indómita de quienes pretenden a toda costa conservar la libertad y la independencia.

Magnífico panorama para don Victoriano Salado Alvarez. Pinta con vigor y realismo numerosos cuadros, en los que se destaca lo blanco y lo negro de la situación. Tengo que frenar la tentación de transcribir estos magníficos brochazos, pues alargaría más de la cuenta mi relato. En esta razón me apoyo para concretarme a decir que con fresca galanura menciona una serie de anécdotas, en las que se advierte la entereza de los sitiados. Bromas, chistes, corrillos en que se discute la forma de romper el cerco o aguantar la pelea diaria al máximo; pero nada que menoscabe el honor militar ni la dignidad del mexicano, mexicano.

Llegamos así al punto crítico. Es el día 16 de mayo; la situación es ya intolerable, se carece de todo y se impone una resolución. Reúne González Ortega a sus generales, y después de un amplio cambio de impresiones se acuerda evacuar la plaza mediante un acuerdo honroso con Forey, a cuyo efecto se designa una comisión para que se entreviste con él.

Dejo a la amena descripción de don Victoriano las peripecias de este singular episodio:

“El dieciséis de mayo la gente perecía de hambre, pero todavía aguardaban los defensores continuar en su empeño, Miguel recibió un recado del Cuartel General. Estaba Ortega en su despacho, en unión de su indispensable Mendoza; acaba seguramente de regresar de su diaria visita a los fuertes, re-

ductos, puestos y almacenes, pues todavía guardaba el capote militar que se había puesto por la mañana. Vestía de color gris y llevaba un sombrero de fieltro; estaba pálido y nervioso, y se azotaba las botas con un fuelle.

“¿Se llamó ya —preguntó con voz imperativa— a ese capitán de Guanajuato?”

“Aquí lo tiene usted, contestó Mendoza.”

“Presente mi General —balbuceó Olivos, tocándose el quepís.

“Bien —dijo el Jefe mirando apenas a Miguel— dele usted sus órdenes —agregó dirigiéndose al cuartelmaestre— (Gral. González Mendoza) y despachen eso en seguida... ¿Están listos Lalanne Togno?...”

“Salieron los cuatro caballeros rumbo al campamento francés, y luego que se anunció mediante las señas acostumbradas que llegaban parlamentarios del ejército mexicano, salieron a recibirlos el capitán Verzin, del primero de zuavos, un sargento de cazadores de a pie, llamado Delhonette, y dos soldados de cazadores de Africa. Con los ojos vendados atravesaron los parlamentarios una grandísima extensión de campo... Llegaron así al campamento del primer batallón de zuavos. El coronel Martín salió a recibirlos, mandó quitarles las vendas y dispuso comunicar al general Forey la presencia de los enviados...”

Vino la respuesta de Forey, y vendados nuevamente, se les guió a su presencia. Eran ellos el general González Mendoza, el coronel Lalanne, y los capitanes, Olivos y Togno.

“Llegaron por fin al Cuartel General de Forey. Recibiélos con exquisita cortesía el jefe del Estado Mayor, Coronel D’Auvergne. El coronel era alto, flaco, acartonado, rubio, de mal gesto, parecía un cartujo que por penitencia anduviera en el siglo, y en realidad era la vocación de D’Auvergne, pues, atacado de una especie de locura mística, tuvo que dejar el servicio, años más tarde, por haber ido llevando una de las varales del palio del Santísimo en una procesión, vistiendo de todo uniforme y lleno de condecoraciones.

“Forey tenía fama de ser un sargentón, mas como amo de casa era irrepachable. Ofreció de nuevo un tentempié a los recién llegados, y como rehusaron, les obsequió con un coñac que contaba más años que la monarquía francesa...”

“Señor general —dijo González Mendoza—, comisionado por el señor general en jefe de la plaza de Puebla vengo a suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin a este sitio, que ya se prolonga demasiado...”

“¿Ya para qué quiere armisticio el general Ortega?”

Señor, como la situación, aunque soportable, empieza ya a ser difícil, querríamos darle solución a un problema que en la actualidad no tiene salida.

“Luego que Lalanne concluyó de traducir lo que decía Mendoza el francés exclamó dando un paseo a lo largo del cuarto:

“¡Qué soportable ha de ser la situación! (y empezó a manotear con brusquedad). No hay en Puebla un grano de maíz, no hay un trozo de carne, no hay un quintal de pólvora... Se mueren ustedes de hambre, se acaban, se destruyen... ¿A qué conduce esta necia terquedad?

“El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta, que conoce y cumple sus obligaciones... ¿Qué más desea? Ha salvado su honor, ha detenido (y puede envanecerse de ello) a un ejército que sus enemigos llaman el primero del mundo, ha hecho prodigios de valor... Las plazas modernas no resisten por más de treinta días; ya han quedado relegadas a la historia las heroicas locuras de sitios sostenidos meses enteros...

“Y bien —exclamó sacudiendo por un brazo al comandante— ¿qué pretende el general Ortega? Que exponga sus condiciones, que diga en qué forma pretende salir; yo le concederé todo lo que desee, porque tengo facultades para ello y porque para valientes como los de Puebla no hay cosa que pueda parecer exorbitante.

“El general Ortega dijo serenamente Mendoza— pide salir de Puebla con tambor batiente, bandera desplegada, armas listas, mecha encendida y la provisión de cartuchos que se acostumbra por plaza. Solicita, además, que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hacia la capital de la República.

¡Oh! Todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy seguro de que antes de diez días tendría de nuevo en batalla contra mis tropas al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígale, por lo mismo, al general Ortega, que si pretende algo me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, además de los honores militares, muy justos y merecidos, de que usted me habla, será de que permanezca neutral el ejército que manda mientras termina la cuestión que hay pendiente entre Francia y don Benito Juárez, pero que aun para esto necesito oír la opinión de mis generales, a cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el señor Ortega.

“En ese caso —insinuó Mendoza— preferiríamos no aceptar nada y romper nuestras armas.

“El jefe de Estado Mayor había permanecido hecho una etcétera, sen-

tado en una silla de campaña; pero al oír lo que decían los interlocutores les interrumpió bruscamente:

“El general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederá a los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que hagamos en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y, en consecuencia, serán deportados a la Martinica.

“Forey dejó el paseo agitado y nervioso, y parándose en firme al coronel D’Auvergne, le dijo enojado:

“Yo deporto a la Martinica a los ladrones y a los bandidos; no a oficiales valientes como los que defienden a Puebla.”

Continúa el emotivo relato don Victoriano deteniéndose en la descripción de parajes en los que las lágrimas rodaban por las mejillas acartonadas de los jefes y soldados. Había regresado la comisión que fuera ante el general Forey a tratar de la rendición de la plaza, y como no accediera a que el ejército mexicano saliera con su armamento, el general González Ortega, de acuerdo con sus generales, ordenó la destrucción de cuanto significaba elemento de guerra. Clareaba el día 17 de mayo de 1863, día memorable en la historia de México, y sin titubeos, conteniendo la emoción que desgarraba el alma de aquellos denonados valientes, sacando fuerzas de los músculos flatulentos por el hambre, entraron en acción. Dice don Victoriano:

“Seguían oyéndose ruidos periódicos. Unas veces eran cercanos, otras distantes, pero todos entristecedores. Los polvorines se destruían, las piezas de artillería volaban, los fusiles se hacían pedazos, todo indicaba destrucción y desconsuelo. Los soldados corrían ya sin uniformes por las calles llenas de escombros; abandonaban las manzanas que habían defendido palmo a palmo; trataban de alejarse para no ser conocidos como de la gente sitiada...

“Los jefes habían cumplido con la orden de presentarse en el atrio de la catedral y en el palacio de Gobierno...”

La patética relación de este extraordinario episodio nos coloca en el ambiente de algo que es difícil describir, especialmente en lo que respecta al estado de ánimo de quienes peleando por la patria exponían diariamente la vida sin detenerse en consideraciones de ninguna naturaleza; pero en esta ocasión habían destruido su armamento quedando a merced del enemigo. No les importaba morir, pero no querían vivir si quedaban incapacitados para seguir luchando.

Cuando Forey recibió la carta de rendición de González Ortega la pasó a Bazaine diciéndole: "ved qué hermosa carta de Ortega..."

Hace referencia don Victoriano Salado Alvarez de los comentarios a que dio lugar entre los jefes franceses la actitud de los jefes mexicanos y de la pose que tomaron los mexicanos descastados que militaban a las órdenes de los invasores.

En tanto que Forey agotaba las palabras de admiración por los rendidos, los altos imperialistas mexicanos pedían unos que se fusilara a los principales actores del drama, y otros que cuando menos fuesen deportados a un lugar de reclusión. Y comentaba Forey frente a los heroicos jefes mexicanos: "A los que me pedían que os fusilara mi respuesta ha consistido en volverles la espalda; en cuanto a los otros, les he dicho: no hay convención escrita; pero a falta de mi firma en un papel, existen las leyes eternas del honor, que me obligan más que nada, y las tradiciones de confraternidad militar, a las cuales no faltaré nunca. Este ejército quizás haya excitado el disgusto de los políticos por su tenacidad en la defensa y por el valor que han desplegado sus jefes; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y nunca consentiré en que se trate como malhechores a tantos valientes..."

Y, después, siguió la evasión de los generales, jefes y oficiales, para reincorporarse a las filas republicanas y seguir peleando por la Patria en aquellos momentos de terrible angustia.

Ha quedado para la historia el testimonio nada menos que del general en Jefe del ejército francés. Se perdió Puebla, pero se ganó la admiración del mundo entero por la forma y términos en que se realizó aquel acto heroico de la rendición de la plaza.

Pero todavía hay que presentar una estampa más. El señor coronel don Antonio Carrión, habiendo formado parte de los ejércitos republicanos que combatieron la Intervención Francesa, publicó en 1897 una obra en dos tomos, titulada *Historia de la ciudad de Puebla*, que fue reeditada en 1970.

Hace en el capítulo relativo al sitio de Puebla una interesante relación, cuya veracidad está plenamente comprobada, habida cuenta de los testimonios que sobre el particular existen. Menciona con detalles los pormenores del sitio, de manera de obtenerse datos precisos sobre las particularidades de ese acontecimiento desde tiempo atrás de iniciarse el sitio. Puede así asegurarse que no hubo descanso alguno de las tropas republicanas durante el lapso que medió del 5 de mayo de 1862 en que Zaragoza derrotó a los

franceses, hasta mediados de marzo de 1863 en que iniciaron el ataque a Puebla. Todos los detalles a que hace referencia el coronel Carrión son de importancia, ya que forman la malla que se tejió durante 62 días de continuos combates. Véase, aunque sea en trozos, la descripción:

"La marcha del ejército francés sobre Puebla fue muy cauta, pero no tanto que pudiera evitar algunas acciones de armas desde Veracruz y fueron las de Cotaxtla, Paso de Ovejas, Teziutlán, Cerro de León, Cruz Blanca, Plan del Río, el Organo, Coayuca, El Mirador, San Salvador, Dos Matas, Los Llanos y otros."

Copia el coronel Carrión parte de una carta que el teniente coronel Enrique Loizillon envió a su hermana a París. Por este párrafo se puede juzgar de la opinión que los jefes franceses tenían del ejército mexicano:

"Está resuelto que se embestirá a Puebla de manera de hacer prisionera a toda la guarnición o, a lo menos, desorganizarla de manera que no pueda rehacerse en México"...

En otra carta el mismo Loizillon decía: "Nuestros combates de todas las noches acabarán como el Sebastopol, por costarnos mucho más caro que un ataque a viva fuerza y cuando entremos a Puebla no encontraremos en gran parte más que ruinas. ¿Qué dirán las poblaciones a las que repetimos todos los días que no es a ellas a quienes hacemos la guerra?"

Por su parte el general Thomas opinaba que "es necesario resignarnos a hacer sucesivamente el sitio de estos lotes o cuadros circunscritos por las calles".

Todas estas conjeturas se producían por los descalabros que sufrían los franceses en sus continuos asaltos, especialmente el de San Javier, en donde la lucha fue tan encarnizada que se combatió sin tregua aun cuerpo a cuerpo, con pérdidas enormes para ambas partes.

No fue menos intenso y sangriento el ataque a la fortaleza de San Marcos. Derrumbaron los franceses a cañonazos varios edificios de las manzanas 25, 26 y 27 y al tratar de tomarlas a viva fuerza fueron rechazados. "El general Bertier intentó que se tomara la trinchera con dos compañías del 1o. de Zuavos, pero mirando que caían diezmados por los fuegos de los mexicanos, dio orden de suspender el ataque y que se retiraran, lo que obligó a todos los que peleaban en la manzana 27 a retroceder en derrota, sacando a su heridos cargados en las espaldas a todo correr; la fuerza que sufrió más en esta derrota fue la compañía de granaderos del capitán Melot"...

Las operaciones del sitio de Puebla, además de complicadas, resultaban para los franceses costosas en hombres muertos, heridos y prisioneros, a lo que se agregaba el consumo enorme de parque y de alimentos.

“Tanto llamaron la atención de Forey —dice el coronel Carrión— estas derrotas, que personalmente fue a ver la manzana de San Marcos y al contemplar las paredes arpilleras, las azoteas y puertas cubiertas con sacos de tierra, las trinchas improvisadas con vigas y escombros, se convenció de las dificultades que presentaba el atacar a viva fuerza ese punto, se calmó la cólera que tenía contra Berthier, y discurrió emplear una serie de galerías y minas para atacar, así como el previo bombardeo de los puntos.”

“Después de estos acontecimientos —sigue relatando Carrión— los franceses cometieron la inhumanidad de lanzar sobre la ciudad bombas incendiarias”...

Muchas son las citas; pero viniendo de testigos actuantes dan al relato el vigor de lo vivido. Volvemos con Loizillon quien haciendo referencia al ataque a Santa Inés refiere así el resultado:

“Fuimos obligados a retirar nuestras tropas a retaguardia; hemos tenido grandes pérdidas: 101 muertos, 234 heridos y 76 prisioneros. Después de este triste suceso todo mundo se preguntaba, ¿cuál es el medio que se va a emplear?; hay desaliento, nadie contesta la pregunta...”

Comenta el coronel Carrión: “La derrota de los franceses en Santa Inés se anunció con repiques a vuelo de esquilas en la catedral el día 25 a las 11 y media de la mañana. Los cadáveres de los soldados franceses fueron reunidos provisionalmente en el Portal de las Flores, de donde se iban levantando por grupos de diez para sepultarlos.

Cuando, agotados municiones y víveres, se rindió la plaza, algún oficial francés vio que los soldados mexicanos rompían sus armas, y uno de los jefes, en tono solemne dijo: “El ejército francés sabe respetar el valor, y una guarnición que se ha conducido como la de Puebla no merece sino nuestros respetos. Dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas.”

Honrosa actitud, propia del renombre conquistado por los soldados franceses, embarcados en esa aventura por un Emperador que estuvo a la altura del pueblo que gobernaba.

Al iniciar este trabajo histórico advertí que no intentaría escribir la biografía del general Jesús González Ortega. Así lo he realizado, ya que me concreté a lo relacionado con el sitio y la rendición de Puebla.

Simplemente, como un colofón anotaré, en apretada síntesis, algunos rasgos biográficos de este personaje.

Nació en la hacienda de San Mateo, jurisdicción de Teúl, Zacatecas. Fueron sus padres don Laureano González y doña María Mateos Ortega. Su educación superior la recibió en Guadalajara. Se inició en el periodismo muy joven, destacándose por sus ideas liberales que en esa época eran signo de cultura europea, especialmente francesa, ya que el espíritu de las juventudes estudiosas se impregnaba de las doctrinas económico-sociales de la Revolución Francesa, instrumento propulsor del liberalismo.

Las convulsiones que sacudían al país, especialmente a partir de la Revolución de Ayutla —impulsada por los liberales, continuada con motivo de la promulgación de la Constitución de 1857, y después por las leyes de Reforma— inflamaron el espíritu apasionado de González Ortega.

Llegó la oportunidad para que entrara al campo de la historia, en la que habría de ocupar preferente lugar. Caminaba trabajosamente el año de 1858. Juárez había asumido la Presidencia de la República por ministerio de la Ley, en virtud de que el Presidente Constitucional don Ignacio Comonfort había derogado la Constitución, quedando fuera del Gobierno. Se sucedieron una serie de acontecimientos que incendiaron de nuevo al país. La guerra entre liberales y conservadores de nueva cuenta derramaba sangre mexicana a raudales.

Al acercarse Leonardo Márquez, general conservador, a Zacatecas, era Diputado local don Jesús González Ortega. Las autoridades del Estado y municipales acordaron entregar la plaza, pero González Ortega se opuso asumiendo la responsabilidad del caso, y el mando también como Gobernador. Primer acto de audacia y valentía que le abrió la puerta del porvenir. Se dedicó con sorprendente actividad a organizar un ejército, formando pronto importante contingente armado con el que hizo frente a la situación.

Después, Gobernador del Estado. General en jefe de una poderosa División. Numerosas acciones de armas en las que él brilla. Camina de triunfo en triunfo: Peñuelas, Laguna Seca, y llega la gran hazaña: la derrota del temible, por valeroso, Miramón, dejando libre el paso a Juárez para que vuelva, con los honores que le corresponden, a ocupar el Palacio Nacional.

Año clave en la vida militar de González Ortega, ése de 1860. Continúa el tiempo fabricando problemas, guerras, más guerras; pero ahí está el héroe que deshace quimeras. Se rinde en Puebla orgullosamente; se escapa de la prisión, y regresa con iguales bríos al combate contra franceses y mexicanos extraviados, y vuelve a marcar el paso con triunfos magníficos. Llega el momento de la liquidación; en Querétaro se representa el último capítulo del efímero Imperio de Maximiliano. Queda su sueño roto con la descarga de los fusiles que sirven al general Mariano Escobedo como instrumentos de justicia. Lo acompañan en el último viaje Miramón y Mejía.

Las armas nacionales han triunfado. Satisfecho, González Ortega se retira del ejército. Ha cumplido como los buenos. Se le ofrecen oportunidades que en algo compensen sus afanes. Rehúsa la candidatura al Gobierno del Estado y la de Diputado al Congreso de la Unión.

Entre tanto otros caudillos se disputan el Poder, él sereno, en cierta forma amargado, se refugia en Saltillo, Coahuila, y allí muere en febrero de 1881. Su cadáver descansa en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

El Gral. Jesús González Ortega en la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

- VICTORIANO SALADO ALVAREZ, *Episodios Nacionales*.
JUSTO SIERRA, *Juárez: su obra y su tiempo*.
FRANCISCO BULNES, *El verdadero Juárez*.
ADALBERTO CARRIEDO, *El único Juárez*.
JOSÉ MARÍA IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México. Los presidentes de México ante la Nación —1821-1866—*. Cámara de Diputados.
BERNARDO J. GASTELUM, *La Revolución Mexicana*.
ROBERTO BLANCO MOHENO, *Juárez ante Dios y ante los hombres. Correspondencia entre Comonfort y Vidaurri*, Historia, Biografía y Geografía. Porrúa.
JESÚS ROMERO FLORES, *Banderas históricas mexicanas*.
EZEQUIEL A. CHÁVEZ, *Benito Juárez. Estadista mexicano*.
ENRIQUE CORDERO Y T., *Historia compendiada del estado de Puebla*.
JOSÉ BRAVO UGARTE, *Historia de México*.

55801

